

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Entre los mas ilustres hijos de Madrid figura este poeta famoso. En la parroquia de San Martin fué su bautizo y en la de San Salvador fué su entierro: hoy es cuartel de la guardia civil la primera, y no queda rastro de la segunda. Aun está en pié la casa donde acaeció su cristiana muerte, en la calle Mayor y entre las plazas de San Miguel y de la Villa. Sus restos mortales descansan en la capilla del cementerio de San Nicolás dentro de una urna, y encima se ve su retrato.

De nueve años comenzó don Pedro Calderon á estudiar humanidades bajo la direccion de los jesuitas; durante cinco asombró por su entendimiento privilegiado y aplicacion suma en la universidad de Salamanca: á los veinticinco fué á pelear en los Estados de Milan y poco despues en los de Flandes; y con escasas medras y porte brillante siguió la carrera de la milicia, hasta que á los cincuenta y uno se hizo sacerdote: por espacio de treinta acreditó con su piedad y virtud que su vocacion para aquel estado era verdadera, á pesar de tardía: capellan de los Reyes nuevos de Toledo fué al principio, capellan de honor de S. M. á muy poco, y capellan mayor de la Congregacion de presbíteros naturales de Madrid al mismo tiempo. De esta vida pasó á la eterna el año de 1681 á 25 de mayo, y la música de la Real Capilla asistió á sus honras, muy concurridas por magnates, religiosos y gente llana.

Su epitafio latino decia entre otras cosas, que fué rio de delicias muy amado de las musas, y que despreció al morir las obras que escribiera con extraordinario aplauso. Respetable es su espíritu humilde; pero obras como las suyas, una vez conocidas y celebradas, ya quedan fuera de la jurisdiccion de los autores, y sólo están bajo la de la fama. Dentro y fuera de nuestra nacion será imperecedero el renombre del que á los trece años compuso *San Elias ó el carro del Cielo*, y á los ochenta y uno *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*, sin decaer nunca en sus poéticas dotes, llegando á ciento veinte y dos sus comedias, y pasando bastante de este número sus célebres autos sacramentales. Gran creador del Teatro moderno fué el insigne Lope de Vega: sin tener su fecundidad y su ternura, Calderon de la Barca llegó á merecer el sobrenombre de príncipe de la escena española. Su fantasía raya en lo maravilloso, y nadie le supera en el arte de urdir y desenredar los argumentos. No brilla tanto en la pintura de los caracteres, aunque algunos traza con maestría; pero el carácter nacional se vé de relieve en el gran conjunto de sus comedias de capa y espada: amor, honor y valor son los sentimientos que las dan vida, siempre á impulso de la fé religiosa.

Algo padeció transitoriamente la fama de don Pedro Calderon de la Barca en el siglo pasado, porque nuestros más felices ingenios se prendaron de

las tres unidades, que á Racine y Moliere sirvieron de norma. Hoy está re-habilitada por completo, y no es verosímil que vuelva á experimentar vauven alguno. *La vida es sueño* bastaría á immortalizarle por siempre. Con *El Alcalde de Zalamea*, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *Hombre pobre todo es trazas*, *El Médico de su honra*, *No siempre lo peor es cierto*, *A secreto agravio secreta venganza*, *El Principe constante y mártir de Portugal* y *Los empeños de un acaso*, sin duda habria materia para formar diversas y altas reputaciones. Hoy la mejor coleccion de las comedias famosas de este ingenio preclaro es la hecha por el docto don Juan Eugenio Hartzenbusch para la Biblioteca de autores españoles, que publica perseverantemente y á fuerza de sacrificios el editor Rivadeneira. Esta coleccion está en cuatro tomos: nada hay más completo hasta ahora, y difícilmente se le podrán añadir perfiles. En loor de Calderon de la Barca se han escrito poesías líricas y loas, biografías y comedias, juicios críticos y discursos; únicamente falta á su gloria que se le erija en Madrid una estatua.

A. F. DEL RIO.

EL SOPLON.

Teodorito Guerrero era un niño de diez á doce años, que recibia la segunda enseñanza como pupilo interno en uno de los colegios de esta corte. Hijo único de padres bastante bien acomodados, nadie cuidó de corregir las malas inclinaciones que desde un principio comenzaron á desarrollarse en su tierno corazon. Antes bien lisonjeado por los amigos y dependientes de su casa, llevó entre sus compañeros una idea tan elevada de sí propio, que hacia mirase á cuantos se le acercaban cual inferiores é indignos de aprecio. Así fué pasando algun tiempo á costa de bastantes desaires, consecuencia natural de su orgullo insolente, pues el Divino Maestro ha dicho que los humildes serán ensalzados, y abatidos los soberbios; mas creció de punto la presuncion de nuestro colegial á consecuencia del estreno de unas botas imperiales y una americana de color Bismark, con que solicitó engalanarse, creyendo adquirir la importancia que le faltaba usando adornos tan especiales. Nadie sin verle pudiera imaginarse lo preciado de sí mismo que se pavoneaba entre sus condiscipulos, ataviados con mas cordura, aunque la chacota y risa general que su presencia escitó desde un principio, debieron hacerle conocer lo poco dispuestos que se hallaban á rendir parias á su vanidad.—Sois unos atrevidos, les decia llorando de cólera, que no sabeis que mi papá tiene mucho dinero y un caballo grande, y una banda muy bonita para ponérsela cuando quiere.—Miren 'el tonto, le contestaban algunos, lo que sabemos es que su abuela vendia pescadillas en Málaga y su tio carnal fué mozo de café.—De este modo, queriendo sobreponerse, conseguia que los demas injuriasen

á su familia, respetable por otra parte, sacando á plaza cosas en que ninguno hubiera pensado sin el ridículo entonamiento del chicuelo.

Pero no era este el único defecto que se le notaba. Tenia otro mucho mas perjudicial é indicio de mas ruin condicion. Espiaba con afan las faltas y defectos ajenos para delatarlos á los maestros, creciendo su regocijo á compás del amargo llanto de las víctimas de su denuncia.

No puede haber ninguna mala propiedad en un niño, á no estar completamente prostituido, horrible fenómeno de que nunca trataremos, igual á la que vamos criticando. Todas las inclinaciones nocivas pueden encontrar disculpa en el contento que resulta de satisfacerlas. El goloso, por ejemplo, se hace igual á los animales mal acostumbrados faltando á la confianza que en él depositan sus padres, arrastrado por un ciego apetito; el desaplicado, sin pensar en el día de mañana, ve con mengua de su amor propio adelantar á sus compañeros á cambio de las torpes delicias de la holganza; pero el delator mezquino ¿qué otra satisfaccion puede causarle el castigo impuesto por causa suya, como no sea el bárbaro y criminal placer de ver sufrir á quien debiera tener por amigo? Este defecto es prueba de una inclinacion perversa, en las demás, hasta puede tener influencia un temperamento vicioso que debemos y podemos combatir, pero que nunca nos hará tan aborrecibles á los ojos de todos. Esto no quita para que si alguna vez los maestros encargan á los niños cuidar del orden en alguna de las clases, lo hagan con celo y eficacia, correspondiendo así á la confianza de la autorizada persona que les dió la comision, pero siempre usando caridad y amor con los que incurran en falta, amonestándoles antes de ponerlos en evidencia y obrando en todo con la benignidad que quisieran lo hiciesen con ellos.

Muchas veces los profesores habian reprendido á Teodorito la vergonzosa propension que le dominaba, pues nadie desprecia tanto un denunciador como los dedicados á formar hombres cultos y honrados, aunque á veces les sea necesario sacrificar su repugnancia en obsequio al buen orden; pero él sin poder irse á la mano seguia impávido en su costumbre, hasta que un ruidoso acontecimiento vino á demostrarle la falsa posicion en que se halla colocado, el que olvida las consideraciones que debemos á la sociedad en general, y especialmente á los que viven á nuestro lado.

Era el caso que los alumnos del colegio se disponian para presentarse á exámenes públicos y generales en el mismo, repasando todas las materias cursadas durante el año, con el interés natural de quien desea ganar premio y alabanza á la vista de sus parientes, maestros y condiscípulos. Solemnidad es esta de grande importancia entre los escolares. El aplicado confia y redobla sus esfuerzos para no dejarse arrebatarse la fama adquirida con su desvelo, mientras el holgazan tiembla y lamenta su incuria, queriendo con necio empeño, obtener del tiempo horas mas largas que le permitan aprender en breve lo que descuidó en plazo sobrado. Pero todos, cada cual á su manera, se afanan esperando el dia terrible con agitacion creciente, á medida que se aproxima.

No era Teodorito el que menos temblaba su venida, pues como sucede á bastantes personas en el mundo, por ocuparse de los asuntos ajenos, nunca tuvo arreglados los propios, añadiendo á eso que su natural orgullo se rebelaba al considerar que pudiera quedar humillado públicamente, sin los bonitos juguetes prometidos por sus padres, ni tomar parte en el refresco y diversion con que habia de terminar el acto. En cuanto á los lauros de aplicacion y buena conducta entraban muy poco en su cálculo, y los consideraba solo como adecuados para conseguir otras fruslerías de mayor valor para su pobre inteligencia.

Por fin, llegó la víspera de la ceremonia y los afanes se redoblaron. Ni por un momento abandonaba ninguno el estudio. Teodorito quiso imitarlos preparándose á contestar en Historia, á cuya asignatura fué siempre muy poco aficionado, y no pudo hallar el libro de testo. Nada importaba; alguno de sus compañeros se le prestaría. Lo solicitó de varios, y unido el aire pedantesco con que entabló la demanda á la mala voluntad con que le miraban, hizo que se le negasen. Ya esto empezó á inquietarle; rogó, prometió; todo fué inútil. Solo un condiscípulo de los mayores á quien en cierta ocasion comprometió con sus chismes, le auxilió dándole consejos.—¿No has leído muchas novelas de esas que llaman históricas? le dijo con aire socarrón.—Yo lo creo, respondió el interpelado, ya sabes que me las traen de casa y las leo á escondidas, y aun muchas veces durante la esplicacion, y esas sí las sé muy bien.—Pues no necesitas otra cosa para salir sobresaliente que responder con arreglo á ellas.—¡Es verdad!.. ¡Y yo que no habia caído en eso! ¡Cómo se van á admirar los maestros cuando me oigan! Porque voy á decir cosas terribles.—Eso debes hacer y la victoria es tuya.

El día siguiente renovó con su luz la incertidumbre y ansiedad que reinaba en aquella casa. A la hora designada apareció sobre una plataforma, construida de antemano en el salón principal, el cuerpo de profesores vestidos de negro y acompañados de varias personas de autoridad y renombre. Tomaron asiento presididos por un elevado funcionario público encanecido en el estudio, eminente en ciencias y literatura. Una orquesta bien dirigida llenaba el aire con sus dulces armonías; la concurrencia era numerosa y lucida, la estancia estaba alhajada con gusto y sencillez.

Impuesto silencio con un ligero ademan, comenzó el presidente un breve y elecuente discurso terminado el cual dieron principio los ejercicios, sin ocurrencia notable hasta que llegó su vez á Teodorito.

Ya le tenemos al frente del tribunal, aturdido, mal seguro, aunque animado por su escesivo amor propio que le comunicaba un resto de valor ficticio. Contestó al principio con algun acierto, gracias á la bondad de los examinadores que le dirigian preguntas tan fáciles como la siguiente:

—¿Quién fué la causa del cisma de Samaria?

Paróse un instante, mas fué para responder muy pagado de sí mismo:

—Ana Bolena, reina de Inglaterra, que casó con Nabucodonosor despues

de haber martirizado al profeta Elías, á quien alimentaba un cuervo con un pan de cebada.....

—Basta, gritó frunciendo el gesto uno de los jueces, con un poco de paja era lo que usted necesitaba. Quedamos enterados de sus profundos conocimientos en historia sagrada y profana.

Abandonó el sitio el muchacho en medio de las risas del auditorio para ser conducido á un cuarto de reclusion donde permaneció toda la noche, ínterin los demás recibían el premio señalado al mérito, y lo que era de mayor importancia, los plácemes y enhorabuenas de los concurrentes que no se hartaban de acariciarlos.

Solo en su triste encierro, mientras sus compañeros, á quien tanto habia mortificado, bailaban y se divertían, tuvo tiempo de lamentar las consecuencias de su dañina índole, y es fama que prometió enmendarse.

Mas no pararon aquí los males que le sobrevinieron. El dicho del examinador hizo fortuna, y á Teodorito se le conoció en adelante por el de la *cebada*, en términos que se vió precisado á mudar de colegio, sin conseguir á pesar de todo borrar el sobrenombre adquirido en aquella ocasion.

Nada mas debo añadir, mis queridos lectores, para haceros aborrecible la costumbre de *acusar* á los compañeros: sin estar dominado por ella el niño cuya desgracia acabo de contar, hubiera encontrado amigos que con la mejor voluntad le hubiesen proporcionado medios de saber lo que ignoraba, en vez de rivales ofendidos que acogiesen el mote á que dió lugar su torpeza. Nunca espere sino desastres y abatimiento el que abandón la senda trazada por la ley de Dios, fuente del pundonor verdadero, y un delator, á no ser interrogado en nombre de la ley, falta á la caridad cristiana procurando el daño de su prójimo, así como quebranta las reglas sociales con su proceder cobarde y alevoso. Preguntádselo á vuestros padres, á vuestros maestros y á cualquier persona decente, y estoy seguro que os dirán lo mismo que os recomienda el autor de este artículo.

DIONISIO CHAULIÉ.

LOS ANIMALES CON MÁSCARA.

FÁBULA.

Por mas que se disface sin modestia,
El que bestia nació morirá bestia.

Aunque parezca fábula, ello es cierto
Que el leon, soberano del desierto,
Dió á sus vasallos una mascarada

Que fué muy concurrida y celebrada.

Eran de ver los trajes

De las bestias salvajes,

Todos ellos distintos

De aquel correspondiente á sus instintos.

El tigre carnívero

Cubrió su piel, manchada,

Con el vellón del tímido cordero;

Y el jabali fangoso

Sus cerdas disfrazó ¡miren que aliño!

Con el pulcro ropaje del armiño,

Sin que faltara un oso en la tal fiesta

Que de aquí para allá saltando ufano

No hiciera su locura manifiesta

Cubierto con la ropa de un alano;

Ni algun asno salvaje, aunque gracioso,

Puesto en dos pies que allí no hiciera el oso.

Un corzo enamorado

Escondió por prudencia las dos astas

Bajo dos enormísimas banastas

Que ofrecían la imagen de un tocado,

Adorno, no hace mucho, de las damas.

Pero no nos andemos por las ramas

Y dejemos el amplio miriñaque

Con que el corzo en cuestión cubrió su empaque.

Vistióse el zorro astuto,

A quien no sé por qué le llaman bruto,

De perrillo faldero,

Y el lobo se cubrió con la pelleja

De una infelice descarriada oveja

Que atrapó en un sendero.

En fin, por medios tales

Se disfrazaron tantos animales

Que en máscaras hervía

La corte del león en aquel día:

Mas solo uno entre todos

Dijo, yo haré que mi disfraz asombre,

Y fué y que hizo, se vistió de hombre.

Escitó la atención, chocó el capricho

Del bruto susodicho:

Cercáronle los más con zambra y bulla,

Y al verle tan fastuoso,

Hinchado y silencioso,

Convirtiéndole en blanco de su gresca,

El que no le dispara alguna pulla

Le dice sin empacho alguna fresca.

—¿Quién eres? le preguntan infinitos,

Y á pesar de las bromas y los gritos

La máscara, aturdida ó indigesta,

Les daba la callada por respuesta;

Hasta que al fin, cansado

De tanta obstinación, díjole airado

El león en persona,

Revestido de manto y de corona:

—¿Hablarás una vez, por Belcebú?

Y entonces habló el buey y dijo.... ¡mú!

JERONIMO MORAN.

JUAN DE ARIAS.

(1430.)

A mediados del siglo XV, vivia en Burgos una pobre viuda que su marido, el señor de Arias, de una familia antigua y noble de Castilla, habia dejado en la indigencia con dos niños pequeñitos, un varon y una hembra.

Esta desgraciada señora era demasiado orgullosa para recurrir á la piedad de sus parientes, que no se cuidaban de acudir ellos mismos á su socorro; y á pesar de la distinguida condicion que por su nacimiento y por su casamiento disfrutaba, preferia deber su existencia al trabajo de sus manos mas bien que á las limosnas adquiridas por el desprecio y la humillacion. De Dios solamente esperaba ella tarde ó temprano la recompensa de su valor y de su virtud.

Todas las noches, despues de las ocupaciones de un dia laborioso, iba acompañada de sus hijos á la catedral de Burgos á fin de hacer allí una corta oracion ante el altar de la Virgen, y esta oracion pronunciada con voz conmovida, entre las lágrimas y efusion de un corazon devoto, la daba fuerzas para soportar las pruebas del siguiente dia, que no siempre traia á su casa sino lo estrictamente necesario. Frecuentemente hasta el pan le faltaba; mas su confianza en la misericordia del cielo no se disminuia, antes por el contrario, redoblaba su celo en el cumplimiento del piadoso deber que se habia prescrito. La Providencia, sin embargo, apenas la favorecia lo suficiente para impedir que muriese de hambre.

La mayor pena de esta desgraciada era no poder dar á su hijo una educacion digna del apellido que llevaba, y sobre todo de la inteligencia natural prematura que manifestaba este niño. Juanito desde que llegó á los ocho años habia manifestado un deseo extraordinario de aprender, y como esas felices disposiciones no fueron alentadas ni dirigidas, se dedicó á estudiar lo que veia diariamente.

La catedral de Burgos en cierto modo se convirtió para él en un libro abierto, en el cual se entretenia en descifrar una lengua desconocida.

Andaba errante sin cesar alrededor de aquel edificio, que es el triunfo del arte gótico, no solamente en Castilla, sino en toda Europa; admiraba con instinto las proporciones gigantescas de esa arquitectura aérea, que parecia sostenida por la mano de los ángeles, y afianzada á la bóveda del firmamento con cadenas invisibles; se maravillaba en silencio de la altura de la

corpulentas torres y de la ligereza de las torrecillas llamadas hijuelas, y del vidrio de las vidrieras, de la multitud de adornos; preguntaba á los clérigos, los sacristanes, los obreros, los campaneros, para instruirse en detalles de la historia del monumento y su fundador; sobre todo oía con una atencion pasmosa las leyendas y los milagros de los obispos de Burgos, desde la mas remota antigüedad; pero á veces, mientras la narracion de los estupendos prodigios atribuidos á esos santos personajes, una maliciosa sonrisa de incredulidad circulaba por sus labios y centelleaba en sus ojos disimulados.

Conocía, pues, todas las partes de la iglesia, y no se cansaba de recorrerlas, descubriendo aquí y allá nuevos motivos de sorpresa; examinaba las figuras grotescas de un chapitel, ó se detenía á contemplar las antiguas tumbas, sobre las cuales duermen caballeros armados de todas armas con un perro ó un león á sus piés; ó deslizábase espantado á la entrada de las bóvedas sepulcrales, ó arrojaba una mirada indiscreta por entre el cristal de un relicario. Su imaginacion se enardecía con el espectáculo de aquellas antigüedades religiosas, y la innata tendencia que tenía á dudar de todo, se desenvolvía en presencia de tradiciones gastadas sobre la piedra, pero grabadas en la memoria de los parroquianos de la catedral. Si se le contaba que tal santo había sido obispo á los doce años, y que no podía decir misa sin que una paloma de fuego revolotease sobre él, hacía un movimiento de incredulidad con la cabeza. En una palabra, Juan de Arias unía á una verdadera piedad la aversion mas inflexible á todas las creencias que no eran dogmas fundamentales, y que podían combatirse por el raciocinio; juzgaba falso todo lo que no comprendía, y no tenía tampoco miedo al diablo, aunque le viese representado en las pinturas, y esculpido á cada paso en esta bella catedral.

Una tarde, al ponerse el sol, que hacía relumbrar los florones como si fuesen un reverbero, la viuda de Arias fué á hacer su estacion acostumbrada sobre las gradas del altar de Nuestra Señora; sus dos hijos estaban á su lado; su hija arrodillada y cerca de ella y recogida á su ejemplo; las manos juntas, los ojos levantados hacia la imágen de plata de la Madre de Jesús, su hijo en pié lleno de distraccion profana por los rayos de las vidrieras reflejados sobre las baldosas de colores de la nave mayor. Juan, sin embargo, había llevado en ofrenda una corona de rosas silvestres y de flores blancas, cogidas espresamente en los bosques de las inmediaciones, á donde iba á correr sin designio, buscando antigüedades á las ruinas de los templos paganos derribados por los primeros apóstoles del cristianismo para plantificar la Cruz.

Cuando la señora de Arias acabó su rezo, que había llenado de dulces lágrimas sus párpados brillantes, echó menos á su hijo: como había estado mas tiempo que de ordinario en oracion, pensó que el niño, cansado de permanecer en el mismo sitio, había paseado su curiosidad de capilla en capilla, de sepulcro en sepulcro, mientras su madre y hermana rogaban por él. Por lo mismo se levantó sin inquietud; dió una vuelta por la iglesia mirando

á derecha é izquierda, pensando encontrar á Juanito inclinado sobre un epitafio ó encaramado cerca de un cristal de la bóveda, porque frecuentemente se subía en el pulpito para aproximarse á las admirables pinturas de las vidrieras. Pero la señora de Arias no le encontró en parte alguna; no vió que se moviese sombra alguna en las capillas laterales ni en el coro, ni en la nave que estaba ya muy oscura; no oía tampoco ruido de pasos resonar en el pavimento. Suponiendo que el niño habria salido de la catedral y regresado á casa, se propuso castigarlo por este acto de ligereza y desobediencia. Entró en su casa con un vago presentimiento de una próxima mejora de su suerte, pero cayó de improviso en una dolorosa ansiedad no hallando á su hijo.

Volvió sobre sus pasos, recorrió las calles inmediatas á la catedral, preguntó al sacristan que cerraba las puertas y llamó á Juan hasta por las tapias del cementerio. La noche oscurecia, y su terror se aumentaba por grados, volvió, pues, ella á recorrer de nuevo varias veces los lugares mismos; fué otras tantas á su morada para asegurarse de si habia parecido el niño. Empleó una parte de la noche en pesquisas inútiles, y pasó el resto de esta noche eterna entre sollozos y los mas siniestros pensamientos. En su desesperacion llegó hasta á quejarse de su desgracia á la Madre de Dios.

Juan de Arias, se habia dormido en un asiento del coro, oculta su rubia cabeza entre sus manos, su vestido de burriel pardo no salia de la oscuridad que le circundaba, y el sacristan preparado con su linterna, visitó todos los escondrijos de la iglesia, sin sospechar que un ser viviente se ocultase en ellos. El reloj daba las doce de la noche, cuando el niño despertó todo transido de frio. Abrió los ojos, y no distinguió nada á causa de las tinieblas; extendió las manos hácia adelante, tocó las cabezas de los ángeles, esculpidas en los remates de los asientos y se enteró del lugar en que estaba; pero no se acordaba como á aquellas horas de la noche habia podido introducirse en la catedral; no tuvo, sin embargo, la mayor sensacion de miedo.

Mientras tanto que contemplaba con muda admiracion el efecto imponente de aquella nave, llena de sombra y de silencio, donde los recuerdos de seis siglos gravitaban sobre el polvo de tantos muertos, le sobrecogió un ruido que sintió en el fondo de la nave mayor: eran los chasquidos de un vidrio que se rompe. Escuchó conteniendo la respiracion. Alguien andaba y se acercaba á él. Otro niño, un hombre tambien, se habria helado de terror pensando en los fantasmas que se escapaban de las sepulturas, ó en los santos y demonios que se amparaban de la casa del Señor. Mas Juan de Arias, no era supersticioso, y no atribuyó á un cambio del orden natural aquellos extraños ruidos, cuya causa todavía le era desconocida, y tomaba un carácter misterioso en aquella sombría soledad de piedad.

Juan se preparó para oir y ver, sin mezclar en esta aparicion ni al cielo ni al infierno. Un hombre solo se dirigia derechamente al altar de la Virgen, no era ciertamente para rezar: iba con precaucion, como preparado á la fuga en cuanto se notase el menor indicio de peligro. Las sombras del lu-

gar no permitian discernir por su figura y su interior el motivo de su presencia nocturna en la iglesia; mas el niño no dudó nada respecto á eso, cuando observó que el ladron se dirigia á la Virgen de plata que habia ya bajado del altar, y la tenia abrazada familiarmente para llevársela. La presencia de este sacrilegio, escitó en Juan de Arias una generosa indignación, que le hizo dar un grito. El ladron se creyó descubierto, y sacó un puñal, cuyo brillo amenazador inspiró al punto al niño un ardid atrevido é ingenioso.

—¡Miserable! exclamó con voz clara y fuerte, á la cual el eco de los subterráneos, prestó un acento solemne, ¿Qué has venido á hacer aquí?

—¡Perdon, Dios mio! respondió aquel hombre espantado, poniéndose de rodillas con la cara contra el suelo. ¡Tened piedad de mí, Virgen Santa!

—¿Te atreves, sacrilego, á tocar á esa imagen bendita? continuó en el mismo tono Juan de Arias, que se divertia con el terror del ladron.

—¡Ay! ¡Señora, decia el ladron temblando con todos sus miembros, perdonadme! ¡Soy un pobre hombre, que ha tentado el diablo!

—¡Vete de aquí, pícaro! contestó el niño, que se reia entre sí: te mando que reces cinco Padre-nuestros y cinco Ave-Marías en penitencia de tu mala accion.

Repuesto despues de un rato de su terror, el desalmado ladron, se disponia ya éste á poner sus manos sobre la imagen, cuando:

—¡Infame! sacrilego! no toques mas á mi efigie, exclamó Juan de Arias, que conoció el proyecto atrevido de aquel incrédulo.

Paróse éste aun, no del todo resuelto á abandonar su presa.

—Escucha, le dijo el niño, que no perdia la presencia de ánimo; quiero evitarte un pecado mortal. Deja la estatua, y haz un acto de contricion para que Dios te perdone; en seguida te mostraré un tesoro que te impedirá en adelante robar las riquezas de Dios.

—¡Un tesoro! exclamó el crédulo y codicioso ladron. Haré gustoso un acto de contricion, y cuando tenga con que vivir me haré un hombre de bien.

—Hay, detrás de aquel sepulcro de un cardenal, una puerta cerrada con un simple cerrojo; abrela.

—Pero, ¿y el tesoro? dijo el ladron que sentia renunciar al botin que poseia, por otro que no veia todavía.

—Abre esa puerta, replicó Juan de Arias con autoridad; baja veinte escalones, sigue siempre adelante, á tientas, hasta que yo te advierta que te detengas...

—Pero, ¿y el tesoro? dijo el ladron que seguia las instrucciones de la voz misteriosa y que se metia en un subterráneo profundo.

—Muy bien, respondió el niño que corrió á la puerta entreabierta, por la cual habia entrado el ladron, con confianza; continua adelante, pronto veras el tesoro.

—¡Oh, Virgen santa, yo veo brillar alguna cosa! exclamó el malhechor desde el fondo del laberinto en que se habia imprudentemente engolfado. ¿Es este el tesoro?

ALPHABETICALLY

FLOR DE LA INFANCIA.



Vista de Córdoba

—Sí: puedes cogerlo. A estas palabras, el ruido de un cuerpo que caía en el agua instruyó á Juan de Arias que su superchería había tenido buen éxito. El ladron se había precipitado él mismo en una cisterna, antigua piscina destinada para lavar los lienzos impregnados en los santos óleos. En aquel pozo alimentado por las aguas del cielo, que recibia por una abertura de la bóveda, un rayo de luz de la luna causó el error del ladron, que creyó ver relucir oro á sus pies y se arrojó para apoderarse de él. Al mismo tiempo Juan de Arias se colgó de la cuerda de un esquilon y lo hizo sonar. El campanero de la torre acabó de dar la alarma.

Instruido el obispo de este suceso, hizo venir á su presencia á Juan de Arias y despues de haberle oido con atencion, no dudó que estuviese predestinado para grandes cosas. Por lo mismo dispuso que se educase á costa de la mitra en el colegio de la ciudad. Juan de Arias llegó á ser un sábio, y se sirvió de su erudicion contra las falsas leyendas, que criticó con oportunidad, y fué obispo de Segovia en el reinado de Enrique IV de Castilla por los años de 1463.

EL CONDE DE FABRAQUER.

CORDOBA.

Entre las ilustres ciudades de la noble España, una de las que descuellan como símbolo de sus glorias, es la que hoy presentamos en nuestra lámina, dedicándola algunas líneas para mayor esclarecimiento y recreo de los jóvenes lectores de FLOR DE LA INFANCIA.

Colonia de los fenicios en su principio, el origen de Córdoba no es posible fijarlo con exactitud. Hay quien dice que debe su nombre al idioma hebreo, en cuyo caso se remontaria su fundacion á la época fabulosa, pero algunos con mejores datos le hacen derivar de la palabra púnica *Córtēbā*, ó sea *molino ó prensa de aceite*, por haber empezado los fenicios á cultivar en aquellas tierras el olivo, desconocido antes en España.

Sea como fuere, en tiempo de la dominacion romana era ya ciudad opulenta. Tomada por César durante las guerras contra los hijos de Pompeyo, sufrió la ira del vencedor, que luego hizo de ella el aprecio que merecia dedicándose á reparar los males causados por las disensiones civiles, dejando como recuerdo un plátano cultivado por su mano. Augusto la hizo capital de un convento jurídico, siendo durante los emperadores sucesivos, una de las ciudades en que lució con mas brillo la civilizacion de Roma. Sus poetas y retóricos fueron célebres en todo el imperio y los dos Sénecas y Lucano le dieron merecido renombre.

Hasta Leovigildo no cedió al poder de los visigodos, y los árabes que la ocuparon por sorpresa, encontraron en el fuerte de San Jorge una resistencia inesperada.

En el año 756, Abderrahman I se declaró independiente del califato de Oriente y estableció en Córdoba la silla del imperio musulman de las Españas, que vino á destruir San Fernando conquistando su capital.

Cuenta en la actualidad unas cinco mil casas; sus calles son estrechas y sus plazas ascienden al número de diez y ocho. Entre los edificios mas notables se cuentan las casas consistoriales; el Alcázar Viejo, de que solo quedan restos preciosos; el Alcázar Nuevo, construido por Alfonso XI; la torre de la Paloma, antigua casa de baños de los califas árabes; el palacio episcopal, con una biblioteca de 15,000 volúmenes; el monumento llamado el *Triunfo*, levantado en honor de San Rafael; la torre de la Malmuerta, que lleva este nombre por haber sido edificada por un caballero en castigo de la injusta muerte que habia dado á su mujer; el hospital general, cuya capilla era la mezquita particular de Muhamud Almanzor, y otros muchos edificios notables que fuera largo referir.

La poblacion de la ciudad de Córdoba es de 12,500 vecinos, ó lo que es igual unas 46,000 almas.

Digamos para concluir alguna cosa acerca de su magnífica é inapreciable catedral.

En el sitio que hoy ocupa este raro y admirable edificio, hubo en tiempo de los romanos un templo dedicado á Jano, y en el de los godos su iglesia principal y un fuerte que llamaban San Jorge. Abderrahman, primero de los reyes árabes, dió principio á la obra de la mezquita, hoy catedral, en 770, que concluyó su hijo Hixem en 795.

Es un cuadrilongo de 620 piés de largo y 440 de ancho. La altura interior es de 35. Las puertas eran 19. El interior está dividido en 19 naves en la direccion de Norte á Sur formadas con arcos sostenidos por 850 columnas de jaspes de distintas clases. Cada columna tiene pié y medio de diámetro y de 8 á 10 diámetros de altura. Cada una de las 19 naves cuenta de ancho 19 piés, escepto la principal que mide 23. Estas naves que, como dejamos dicho, se dirigen de Norte á Sur, están atravesadas por otras 21 de Este á Oeste, las cuales solo tienen 9 piés de latitud. El techo de la mezquita era de maderos de pino de alerce. En la parte del Norte concluía el edificio en un estenso atrio que corria por delante de las 19 naves y en el que estas desembocaban. El *Mihrab*, ó lugar sagrado, que está hácia esta misma parte, era lo mas notable del templo mahometano, y producto singular y acabado modelo de la arquitectura árabe. Los sectarios del Profeta alumbraban por la noche su mezquita para la oracion del *Atatema* con 4,700 lámparas, que consumian al año para hacer arder perfumes esquisitos 24,000 libras de aceite y 120 de aloe.

Conquistada Córdoba en 1236, San Fernando convirtió en catedral el adoratorio musulman, labrando la capilla mayor, de que no quedan restos,

pues la actual es del siglo XVI. Las demás capillas se han formado en diferentes tiempos.

CH.

ALTERCADO DEL CID CON EL REY.

I.

Si atendeis que de los brazos
Vos alce, atended primero,
Si no es bien que con los míos
Cuide subiros al cielo.
Bien estáis afinojado,
Que es pavor veros enhiesto,
Que asiento es asaz debido
El suelo, de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto
De vuestras altanerías
Los mal guisados escesos.
¿En qué os habeis empachado
Que desde el pasado invierno
Non vos han visto en las córtés
Puesto que córtés se han fecho?
¿Por qué siendo cortesano
Tracéis la barba y cabello
Descompuesta y desviada
Como los Padres del yermo?
Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuestras mañas,
Y el semblante falagüeño:
Querreis decir, que cuidando
En mis tierras y pertrechos
Non cuidades de aliñarvos
La barba, y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuviérades por muy vueso.
A los fronterizos moros
Diz que teneis por tan vuestos
Que os adoran como á Dios;
Grandes algos habreis dellos.
Cuando en mí jura os hallásteis,
Despues del triste suceso
Del rey don Sancho mi hermano

Por Bellido traídor muerto,
Todos besaron mi mano,
Y por rey me obedecieron,
Solo vos me contrallásteis
Tomándome juramento.
En Santa Gadea lo fice
Sobre los cuatro Evangelios,
En el ballestón dorado,
Teniendo el cuadrillo al pecho:
Matárades á Bellido,
Si ficiérais como bueno,
Que no ha faltado quien dijo
Que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguisteis
Y al entrar la puerta adentro,
Bien cerca estaba quien dijo,
Que non osásteis de miedo.
Y nunca fueron los míos
Tan astutos, y mañeros
Que cuidasen que don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió porque á Dios le plugo
En su juicio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis reinos vos destierro:
Yo tendre vuestros condados
Fasta saber por entero,
Con acuerdo de los míos,
Si confiscárvoslos puedo.
Non repliquedes palabra,
Que vos juro por San Pedro,
Y por San Millán bendito
Que vos enforcaré luego.
Estas palabras le dijo
El rey don Alfonso el sexto,
Inducido de traídores,
Al Cid, honor de sus reinos.

II.

Tengovos de replicar,
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes,
Nin los non culpados miedo:
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Menos mal será enforcarme
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra humildoso,
A guisa de vuestro siervo,
Que teniendo los mis brazos,
Cuido alzarme sin los vuestos.
Cúbranse, y non vos acaten
Los ociosos falagüeños
Que maguer yo non lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo córtés
Desde antaño por invierno,
Diz que por la pro comun,
O por los vuestos provechos.
Vos en Leon las fisteis,
Pero yo en los campos yermos,
Faciendo las mias, desfice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
Non lo que fice primero;
Y es mal juzgador quien juzga
Sin notar todo el proceso.
Folga que el moro de allende

Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta
Non vos guardarán respeto.
Asaz me semejas blando
Por que de tiempo tan luengo
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento.
Mentirá quien me achacáre
Del traidor Dolfos el tuerto,
Pues sabedes lo que fice
Y lo que fice en el reto.
Además, que sin espuelas
Cabalgué entonces, por hieirro:
Vencen pesadas falsias
Al noble y sencillo pecho.
Y pues gasté mis haberes
En pro del servicio vuestro,
Y de lo que hube ganado
Vos fice señor y dueño,
Non me lo confiscaredes
Vos, ni vuestos consejeros,
Que mal podredes tollerme
La hacienda que non tengo.
De hoy mas seré facendoso,
Pues hoy de vos me destierro,
Y de hoy para mí me gano,
Pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decia
El noble Cid respondiendo
A las querellas injustas
Del rey don Alfonso el sexto.

(Del Romancero del Cid).

LA CIENCIA DE LO FUTURO.

El hombre, mis jóvenes lectores, impelido en su orgullo por el afán de saber lo desconocido, á pesar de su pequeñez, ha llegado á afirmar en todas épocas y ocasiones, como cosa cierta y sujeta á cálculos exactos, que cada fenómeno de la naturaleza, y hasta los hechos y casos mas triviales de la vida, envolvian revelaciones y predicciones, atribuyendo á cada acontecimiento extraordinario y sorprendente, un pronóstico de felicidad, ó el presagio de una inmediata desgracia.

Error gravísimo y lamentable, al que vemos aun hoy aferradas personas que pudieran pasar por verdaderamente ilustradas, sin considerar que Dios, en sus altos designios y suprema sabiduría, nos ha permitido solo conocimientos muy limitados é incompletos; y por esta razon mas, entre otras

muchas, la ciencia humana será siempre falaz y escasa para penetrar sus altos designios.

Pretender vaticinar lo futuro y leer en el porvenir, ya sea por medio de la observacion de los astros, ya por la de los variados giros que describen las aves en su raudó vuelo, ora evocando los difuntos, ó bien por la interpretacion de los sueños, las líneas de la mano, los reptiles, los caracteres trazados al acaso y tantas otras ficciones que suele acoger la escesiva credulidad ó la ignorancia es, mis jóvenes amigos, contrario á la religion que condena igualmente todas las adivinaciones.

La ciencia está, como no puede menos, en abierta contradiccion con esas creencias absurdas, y los conocimientos que adquirís por el estudio de la fisica, de la astronomía, de la historia natural, y de los demás ramos del saber humano que cultivais, os probarán sin género de duda, que solo las observaciones erróneas, la vana curiosidad de los pueblos y la superchería de los que se llaman inspirados, han podido producir en los entendimientos débiles ó frívolos la creencia en los vaticinios.

Antiguo es el origen, segun convienen eruditos escritores, de semejantes estravíos de la razon, estando generalmente acordes en considerar al Oriente como el primer país que acogió tales supersticiones, y los libros santos como el *Deuteronomio* y el *Levitico*, prohibian ya terminantemente las adivinaciones al pueblo hebreo. Posteriormente entre los romanos, se conocieron los *arúspices*, hasta que en el último periodo de la república perdieron su prestigio. En nuestros dias, van quedando relegadas esas creencias á menor número de personas, gracias á la mayor ilustracion de nuestro siglo.

Con esos ridículos vaticinios y pronósticos es innegable que se ofende á la Divinidad, suponiendo la penetracion de secretos que solo ella puede conocer; se atropella la razon posponiéndola á la malicia ó la estupidez, y se olvida la moral ultrajando y pervirtiendo las leyes del *albedrio*.

Nuestra legislacion, en el Fuero Juzgo, castigaba á los supuestos adivinos condenándolos á ser paseados ignominiosamente por diez villas y marcados en la frente.

El Código actual condena tambien, como no puede menos, á estos embaucadores.

De esperar es que con los modernos adelantos y la propagacion de conocimientos en las ciencias naturales, físicas y matemáticas, acaben de desarraigarse esas alucinaciones funestas, y si aun eso no fuera suficiente, la sola creencia en un solo Dios y en una sola Providencia que todo la abarca, es bastante á preservar de tales errores á los verdaderos cristianos.

Amad el estudio, mis buenos amigos, y buscad en él la solucion de las cuestiones que al hombre le es dado resolver. La religion y la ciencia, fuentes de toda verdad, harán que distingais perfectamente las verdaderas de las falsas creencias, y que rechaceis con el menosprecio que merecen las monstruosas concepciones de imaginaciones estraviadas.

JUSTO JIMENEZ.

VARIEDADES.

LA NOCHE. Es el tiempo durante el cual el sol desaparece á nuestros ojos y sume por su ausencia en profunda oscuridad al país de donde se oculta.

Cuando para nosotros es noche en otros muchos puntos es día, porque el sol permanece siempre en el mismo estado de maravilloso esplendor.

Al desaparecer por el horizonte decimos impropriamente que se pone. El sol no se pone jamás. La tierra, girando sobre su eje sin cesar, no recibe los rayos del sol mas que por el lado que mira al astro, mientras que la parte contraria permanece en la sombra, que es lo que produce la noche. Así, pues, cuando es de día en Madrid es de noche entre sus verdaderos antípodas de la Nueva Zembla.

La actividad del sol prestando al orbe constantemente sus benéficos rayos, debe servirnos de ejemplo á vosotros, queridos niños, para que presteis vuestra actividad constante en hacer y procurar el bien á los desgraciados.

LOS NUMEROS. En los tiempos antiguos las letras del alfabeto marcaban las cantidades, tanto que este era el método que empleaban los griegos y los romanos. En Europa hasta la edad media, y aun algo despues, el sistema de letras era el empleado. Despues fueron conocidas las cifras árabes, cuyo origen es bastante remoto. Por mucho tiempo se creyó que siendo originarias de la India, se las apropiaron los árabes y despues las trajeron á Europa. Sin embargo, parece que los romanos ya las conocian 300 años antes de la aparicion de los discípulos de Mahoma, y se tiene por cierto que representaban las letras del alfabeto griego invertidas, siendo sus inventores Pitágoras ó sus discípulos.

Primitivamente no existian mas que nueve cifras representándose la décima por un signo convencional como un punto, un cuadro ó una señal cualquiera.

Mas tarde fué conocida por un círculo que se denominó *rotula* ó *strophra*. De aquí sin duda el nombre de *cifras* que se da á las diez figuras que sirven para la numeracion.

El uso de las cifras árabes ha comenzado en Italia hácia el siglo XIII, en Inglaterra por el año 1350, en Alemania, á principios del XIV, y en Francia algunos sabios se servian de ellas hácia el siglo XI. Pero no fueron bien conocidas ni se ha hecho uso de ellas generalmente hasta el siglo XVI, en que se fijó definitivamente la forma de estos signos.

MAELSTROM. Fenómeno que se cree proviene de corrientes que se notan cerca de las costas de Noruega. En ciertos parajes el mar se encuentra agitado, de tal manera, que se oye á distancia de mas de seis leguas. A menudo han sido atraídos en los torbellinos del maelstrom algunos navíos de los cuales no se ha vuelto á oír hablar.